



**Pregón del I Centenario  
Amigoniano de Monte-Sión**

# Pregón del I Centenario Amigoniano de Monte-Sión

Solíanse anunciar antiguamente los acontecimientos por medio de un pregón que se hacía en los lugares de más concurso de gentes. Muchos de los que me escucháis aún recordaréis con cierta nostalgia la simpática figura del pregonero local, que con pequeña trompeta captaba la atención de las personas y los invitaba a guardar silencio para proclamar después, con voz fuerte y semitonada, la noticia. Cuando ésta tenía un especial interés, el pregón ganaba también en solemnidad. El pregonero iba entonces precedido de vistosos personajes que con atipladas trompetas preanunciaban ya la importancia del anuncio.

Hoy en día, con la proliferación y avance técnico de los medios de comunicación social –prensa, radio y televisión, principalmente– la figura del pregonero cotidiano ha pasado ya a la historia, pero en los grandes acontecimientos gustamos aún hoy de recurrir a él para resaltar también así la «extraordinariedad» de los hechos importantes.

Cuando fui invitado a pronunciar este pregón de fiestas, anunciando oficialmente el *I Centenario* de la presencia de los Religiosos Terciarios Capuchinos en el Convent de Monte-Sión de Torrent, sentí el grande temor de no llenar vuestras expectativas, dadas mis grandes limitaciones culturales, artísticas y oratorias, pero, al mismo tiempo, me sentí obligado a aceptar por el inmenso cariño que guardo a este pueblo, a vosotros sus habitantes; cariño que nace del calor humano y comprensión con que un día me acogisteis sin tan siquiera conocerme, del afecto con que me rodeasteis durante los dos inolvidables años que tuve la dicha de convivir con vosotros y de lo mucho que aprendí de vuestros hijos mientras tuve la inmensa suerte de acompañarles en su maduración personal y científica.

No será mi tono y mi arte el de los ampulosos pregoneros medievales, me conformaría con llegar a vuestros corazones con la sencillez y simplicidad del mensajero bíblico que se limita a proclamar, con desbordante gozo, pero sin palabras grandilocuentes, la llegada de *un año de gracia del Señor* (Is. 61, 2).

Porque en realidad, esto es lo que os anuncio y proclamo:

–«Gracias a Dios –que se manifiesta normalmente a través de los hombres, y en este caso concreto a través de vosotros, queridos convecinos de Torrent– nosotros, los Terciarios Capuchinos, vamos a cumplir nuestro primer *Centenario* de vida aquí y queremos por ello entonar juntamente con vosotros –coartífices de este don, de este regalo– un himno de acción de gracias al Señor, que será, al mismo tiempo, un himno de agradecimiento a vosotros mismos, que gustosa y generosamente nos acogisteis hace ahora cien años.

Pero para ser verdaderamente agradecidos, para que nuestra acción de gracias arranque del corazón y no sea simplemente una expresión entretejida de palabras vacías, es necesario que repasemos en este solemne momento la historia, esa ciencia que es maestra de la vida toda y, particularmente, maestra de la gratitud.

*Recordemos*, pues, los hechos que sustentan el hoy de este centenario, *recordémoslos* teniendo presente que *recordar* significa traer de nuevo al corazón los acontecimientos para leerlos así, con el calor y afecto con que un día fueron vividos.

Y en este ejercicio de *recordación*, de revivir en el corazón la historia, os invito a que nos paremos primeramente en un lugar que aunque ya no existe en su primera y encantadora belleza, pervive en el corazón y en el afecto de todo el pueblo torrentino como uno de los signos más castizos de su identidad. Me refiero al antiguo *Convent de Monte-Sión*, ese que muchos de vosotros conserváis, fotografiado o pintado en vuestras casas, con nostalgia y orgullo; ese que un día nos acogió hace cien años a los Terciarios Capuchinos; ese que, aunque destruido hasta sus cimientos, continúa estando presente aquí y hoy –trascendiendo la materialidad y la historia– porque no quiere perderse la evocación de un acontecimiento que encontró en él el marco más adecuado.

Permitidme pues, queridos «torrentins», que sin olvidar vuestro protagonismo en toda esta historia, me dirija personalmente a él, dialogue con él –como con un amigo– durante esta parte de mi pregón. Yo sé que no os disgustará, yo sé que lo comprenderéis, porque el antiguo *Monte-Sión* es, en definitiva, Torrent.

¡Monte-Sión!, grande en tu sencillez y rico en tu pobreza. Así quiero recordarte yo. Así te recordamos todos, los que te conocieron en tus piedras originales y los que te hemos conocido ya sin ellas. Eras pequeño y sencillo, como sencillos y menores fueron tus primeros moradores, los franciscanos de San Pedro de Alcántara. Situado sobre la colina natural que domina el pueblo, te erguías no con el aire dominador de quien mira impasible las alegrías y tristezas de los *de abajo*, sino con la mirada compasiva y atenta del servidor siempre dispuesto a bajar de su altura y compartir con los hombres sus luchas e ilusiones, sus esperanzas y desencantos. Ya los primeros frailes que te habitaron encontraron en ti, *no un refugio* donde esconderse de los problemas de las gentes de Torrent, sino un *mirador* desde donde contemplar con mayor claridad sus preocupaciones, una *morada* desde la que acudir prestos a socorrerlas y un *templo* en el que interceder por todos ante el Señor.

¡Monte-Sión!, no eras ninguna joya de arte, y sin embargo tu encantadora sencillez y pobreza tenía el embrujo de cautivar incluso a los artistas. Con tu iglesia, pequeña y recoleta, y con tu claustro, reducido y sobrio, eras el marco ideal para quienes venían a ti buscando paz y tranquilidad en medio de los quehaceres y desvelos del cotidiano fatigar. Tus moradores te habían adornado, sin ofender nunca tu pobreza y sencillez. Tus muros albergaron hombres famosos y sin embargo nunca se hincharon de soberbia ni de orgullo. Cobijaste, entre otros, al padre Antonio Panes –fecundo escritor franciscano, famoso por su escribir y decir– y tan sólo aceptaste de él unos preciosos versos murales que invitaban a quienes te visitaban a olvidarse más de ti y pensar en el Señor.

Así eras ¡Monte-Sión!, pequeño y pobre, humilde y sencillo, acogedor y mensajero de paz. Lograste reproducir en tus piedras de tal modo el espíritu franciscano, que se diría que el propio San Francisco te ideó y te plasmó.

¡Qué tristeza debiste sentir, sin embargo, querido *Monte-Sión*, cuando un día ya hoy lejano, allá para el año 1835, tus primeros habitantes se despidieron de ti con lágrimas en los ojos, obligados por la excomunión! ¡Qué soledad entonces la tuya, al no sentir ya en tus suelos el acompasado pasear de tus frailes, ni escuchar sus cantos y plegarias, ni experimentar sus alegrías y tristezas! ¡Con qué pena mirabas la soledad de las celdas, capilla y claustro! ¡Con qué angustia contemplabas abandonada y sola tu famosa biblioteca, guardiana silenciosa de muchos documentos de incalculable valor histórico y literario!

Bien es verdad que no estuviste siempre solo. Tus nuevos propietarios encontraron la manera de distraerte. Instalaron en tus locales un hospital y una beneficencia para ancianos y niños huérfanos. Pero ni el pausado deambular de ancianos y enfermos, ni el alborotado trotar de los pequeños animaron demasiado tu espíritu. Te habían construido para otro menester y no podías sentirte del todo realizado.

Por eso, querido *Monte-Sión*, grande, muy grande, debió de ser tu alegría cuando un día oíste rumores de que pronto iban a venir a habitarte unos frailes. Permítenos ahora, pues, que los presentemos, que también a ellos los recordemos, los traigamos cariñosamente a la memoria de nuestro corazón.

El 17 de octubre de 1854 nació en Masamagrell, José M<sup>a</sup> Amigó y Ferrer. Nadie, excepto Dios, sabía entonces a lo que estaba llamado aquel niño. La infancia fue la normal de cualquier niño de su edad y época. Muy joven todavía, llevado por una sensibilidad social no común para sus años, se compromete con distintos movimientos católicos y sociales que trabajaban por la promoción del joven obrero. Este compromiso social y cristiano despierta en él el deseo de hacerse fraile, no para huir del mundo, sino para estar más cerca de los problemas y necesidades de los hombres, sus hermanos.

En marzo de 1874 –tenía 19 años– se encamina al noviciado capuchino de Bayona (Francia) y tres años después –ya un fraile «hecho y derecho»– regresa a España. Destinado al convento de Masamagrell en 1881, se encarga de revitalizar por toda la Comunidad Valenciana la Tercera Orden Seglar de San Francisco. Son años de intenso apostolado que sólo un espíritu juvenil y sacrificado como el suyo podría afrontar.

Entre las numerosas tareas apostólicas que emprende en esta época, cabe destacar la Misión popular que dirige en 1883 aquí en Torrent. Misión que –al decir de las crónicas– «Se hizo muy famosa y de la que se cosecharon abundantes frutos». Es el primer contacto formal entre el P. Luis Amigó y los habitantes de este querido pueblo.

Poco después –mayo de 1885– funda en Benaguacil la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, y el viernes, 12 de abril de 1889, festividad de la Virgen de los Dolores –de la que era gran devoto– viste el hábito amigoniano a los primeros Terciarios Capuchinos en el convento de la Magdalena, de Masamagrell.

La nueva comunidad se instaló al principio en la vieja y abandonada Cartuja de Ara Coeli, en El Puig. Los primeros tiempos en esta casa, aunque de gran pobreza y austeridad, fueron tiempos felices para la Congregación amigoniana. Muchos jóvenes, atraídos por la misión a que se iban a dedicar –la recuperación de los jóvenes socialmente desadaptados– y conocedores del buen espíritu que animaba al P. Luis, piden ingresar en la Congregación. Son días de gloria y regocijo, de luna de miel. Y justamente en uno de esos días de alegría y regocijo –a mediados del mes de mayo de ese año 1889– se presenta en la Cartuja D. José Méndez, insigne vicario de la Parroquia torrentina de La Asunción, promotor y fundador del Círculo Católico Obrero de la Ciudad, de la Caja de Ahorros y de otras obras sociales y religiosas en favor de la promoción humana y cristiana de los jóvenes y obreros. Venía acompañado de un joven torrentino, estudiante de farmacia, llamado Manuel Salazar Lagrú. Su intención era en principio pasar unas horas con los nuevos religiosos, pero la verdad es que ya no volvieron al pueblo. Se quedaron con los frailes.

Cuando la noticia llegó a Torrent, las gentes casi se amotinaron. ¡No podía ser! Había que hacer algo. Tenían que encontrar la manera de hacer desistir a D. José de su propósito. ¡Hacía tanta falta aquí...! Inmediatamente se organizó una comitiva de jóvenes que se dirigieron a pie a la Cartuja. Partían convencidos de que al día siguiente estarían de vuelta a casa con su querido coadjutor, pero se equivocaron. No sólo no consiguieron traer a D. José –a quien los frailes llamaban ya el P. José M<sup>a</sup> de Sedaví–, sino que algunos de aquellos jóvenes acabaron volviendo a la Cartuja para quedarse en ella. Torrent entraba así de lleno en la historia amigoniana: Fernando, Luis, Ignacio, Recaredo y Ambrosio son los nombres de los primeros hijos de este pueblo que vistieron el hábito de los Terciarios Capuchinos. Los lazos de hermandad entre «torrentins» y Terciarios Capuchinos se iban estrechando cada vez más.

Sin embargo no todo podían ser alegrías y parabienes entre los habitantes de la Cartuja de El Puig. El P. Luis Amigó, en una de esas frases de su Autobiografía que reflejan la grandeza de su espíritu, escribía:

*–La providencia ordinaria de Dios suele ser el mezclar los favores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que ni aquéllas nos engrían ni éstas nos abatan (OCLA, 79).*

Y algo de esto sucedió a los Terciarios Capuchinos mientras vivían en la Cartuja. A las alegrías por los numerosos jóvenes que ingresaban en la Congregación, se unieron las penalidades que los visitaron en forma de enfermedad. *Llegado el mes de septiembre de 1889 –escribe el propio P. Luis– quiso el Señor someter a los Religiosos Terciarios, aún en sus principios, a una ruda prueba, que fue la falta de salud, pues las fiebres palúdicas, endémicas en aquella región por la proximidad de los arrozales, se recrudecieron tanto aquel año, que llegó a ser una verdadera epidemia. Y de tal modo atacó esta enfermedad a la Comunidad, que pocos se libraron de ella; siendo esto motivo de que algunos religiosos hubieran de dejar el hábito y de que entrase entre ellos el desaliento (OCLA, 118).*

En tan difíciles circunstancias, es cuando, dando extraordinarias muestras de su espíritu desprendido y acogedor, entran en acción los torrentinos. El alcalde de entonces D. Francisco Carratalá Sancho, como Presidente del Municipio y en representación del pueblo, otorga escritura de cesión del antiguo convento alcantarino a los Terciarios Capuchinos que encontraban así una saludable y definitiva casa.

El 31 de octubre del mismo año 1889 fue el día fijado para que la nueva Comunidad hiciera su entrada solemne en el pueblo y tomara posesión del convento. Es un día de verdadera fiesta para los torrentinos. La población en masa, presidida por sus autoridades municipales y el Párroco se congrega a la entrada de la población, al lado de acá del puente sobre el barranco. En todos los rostros se dibuja la alegría y la satisfacción. Visten las ropas de los días de fiesta que han sacado de sus arcones y cómodas que huelen a romero y espliegol.

De repente, por la entonces polvorienta carretera, se distinguen los carruajes, tirados por briosos caballos, que han ido a la Cartuja de El Puig a traerse a los religiosos. A su llegada, el pueblo aplaude y vitorea, suena el estrépito de una traca y de unas carcasas, la banda de música, fundada por el padre Méndez irrumpe con himnos religiosos, y las campanas voltean como en los días de fiesta mayor. Desciende del primer carruaje el P. Luis Amigó, seguido de sus cincuenta terciarios, y son saludados efusivamente por el clero y autoridades. Y a pie, en masa, entremezclados los frailes con el pueblo –que desde entonces sería su pueblo– la comitiva marcha por la calle de la Acequia, calle de Sagra y plaza mayor hasta llegar a la Iglesia de La Asunción donde se canta una Salve. Seguidamente, camina la comitiva nuevamente por la calle de la Iglesia y calles adyacentes hasta alcanzar el repecho de la calle del Convento –hoy calle Obispo Amigó–. La campana de la espadaña de Monte-Sión saluda y da la bienvenida a los religiosos y al entrar en la Iglesia del Convento, que se llena por completo, se expone en el Altar Mayor el Santísimo. El P. Amigó sube entonces al púlpito y con pocas pero emotivas palabras saluda así a la población: *No venimos a por vuestro oro, ni a por vuestra plata; venimos a por algo que vale más que todo eso: venimos a por vuestras almas*<sup>1</sup>. Años más tarde, recordando el acontecimiento, él mismo escribía en la Autobiografía:

*–Fuimos recibidos por el pueblo con grandes demostraciones de afecto y regocijo, del que en todo momento ha dado inequívocas pruebas esta población, a la que estaremos eternamente agradecidos* (OCLA, 120).

Ésta es, pues, la historia y éstos, los personajes que volvieron a alegrarte, querido Monte-Sión. Desde entonces pasaste a ser carne de nuestra carne y vida de nuestra vida. Desde tus muros, la obra amigoniana se fue extendiendo por todo el mundo.

Dentro de ellos se formaron las primeras generaciones de Terciarios Capuchinos y siempre tu nombre ha evocado y evocará cariñosos recuerdos a los hijos de Luis Amigó. Recuerdos cariñosos como el que recojo aquí salido de la pluma de uno de nuestros

---

<sup>1</sup> Relato de Andrés Baviera Ferrer. Cf. ROCA, T. *Historia de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos*, T. I., p. 61-66.

primeros religiosos, el P. Francisco de Sales M<sup>a</sup> de Valencia, quien al dejarte, te escribía emocionado estos versos desde Madrid el año 1897.

*—Fora dicha molt completa  
que después de llarga ausensia,  
mos chuntara la obediensia  
en nostra Casa mareta;  
y profesar eternits,  
allí al peu d'aquell sagrari,  
on el Pare Comisari  
mos chuntaba moltes nits,  
y uns becant allá y así,  
altres en molta atensió,  
depreniem la misió  
del Tersiari Capuchí...  
Y correr de seca en meca,  
de la Iglesia al Hospital,  
de la bóveda al corral...  
y vore la Biblioteca;  
les sentensies del claustret  
en castellá y llatí;  
y al pare Fernando allí  
posant algún pestellet.*

Así, sin grandes alardes literarios, pero con inmenso cariño y nostalgia te recordaba el P. Francisco de Sales. Así te recordamos siempre ...

Pero los Terciarios Capuchinos —¡Convent de Monte-Sión!— no sólo te rodeamos a ti de cariño; del cariño que te merecías por acogernos en tan tristes y penosas circunstancias, sino que agradecemos también a todos los torrentinos el regalo que nos habían hecho confiándote a nosotros.

El P. Luis —lo hemos oído antes— nos invitó a estar eternamente agradecidos a esta población y nos enseñó que el mejor agradecimiento es el que se transforma en acción, en una acción eficaz que contribuya a hacer más agradable la vida de quienes nos habían acogido y se nos habían dado sin condiciones. Y dos son fundamentalmente las obras que desde un principio desarrollamos para hacer efectivo nuestro agradecimiento: la *Pía Unión de San Antonio* y el *Colegio*. En ambas, tú —Convent de Monte-Sión— nos prestaste los locales y la serenidad de tu ambiente franciscano, lo demás lo hicimos entre nosotros, los Terciarios. Capuchinos, que, —con nuestros talentos y limitaciones— procuramos siempre poner lo mejor de nosotros mismos.

*La Pía Unión de San Antonio* —tú lo sabes, Monte-Sión, mejor que nosotros— fue fruto de la preocupación que siempre tuvo el padre Luis Amigó por la educación cristiana de la juventud. En sus visitas a Torrent insistía a sus frailes para que no se limitaran a atender a los niños que tenían dentro de casa, sino que extendieran su apostolado a toda la juventud de la población.

El padre José M<sup>a</sup> de Sedaví –fiel al pensamiento de su fundador– le dijo un día a fray Rafael M<sup>a</sup> de Onteniente;

–*Che, a vore com t'eu arregles per arreplegar chiquets y ensenyarlos la doctrina cristiana.*

Y fruto de esta breve conversación y del espíritu emprendedor de Fray Rafael, pronto empieza a reunirse en torno al Convent un nutrido grupo de niños y jóvenes. Empezaba así en Torrent la obra de los Antonianos, que tanto ha contribuido a la feliz y cristiana educación de varias generaciones torrentinas. Se daba así inicio a una obra que ya pronto cumplirá también su primer centenario de vida.

Algo parecido sucedió también con el *Colegio*. Comenzó siendo una pequeña escuelita dispuesta para atender a los niños huérfanos de la población que nos fueron confiados al venir a Torrent. Pero, poco a poco, conforme el número de huérfanos fue disminuyendo, los Terciarios Capuchinos pensamos abrir este servicio educativo a otros niños y jóvenes de la población y, casi sin darnos cuenta –porque los años pasan más rápido de lo que muchas veces queremos–, se ha llegado a la gozosa realidad que hoy contemplamos. El camino recorrido durante estos cien años no ha sido fácil; no ha estado exento de dificultades. En la positiva evolución del Colegio han tenido protagonismo muchos de nuestros mayores y también muchos de los que ahora me escucháis. Pero pienso que nadie se dará por ofendido si destaco ahora los nombres de algunos Terciarios Capuchinos que más se han distinguido en la tarea. Son ellos:

–El *padre Juan de Dios M<sup>a</sup> de Ayelo de Malferit*, varias veces superior de la Casa y actualmente enterrado en el panteón de sacerdotes del cementerio parroquial de esta población. El fue el primero que abrió las puertas de la escuelita a alumnos externos.

–Los *padres Prudencio M<sup>a</sup> de Palmera y Vicente Lozano* quienes con espíritu de verdadero sacrificio reemprendieron la reconstrucción del Convento y del Colegio al finalizar la contienda civil.

–Y los aquí presentes *padres José María Rubio, Fernando M<sup>a</sup> de Benaguacil y José Deusa*, que han trabajado denodadamente por darle la universalidad y categoría de estudios que hoy tiene el Colegio.

Y hasta aquí, querido ¡Convent de Monte-Sión!, llega la historia y el recordatorio, ese recordatorio entretejido más de sentimientos, que de datos y en el que tú has ocupado un lugar preeminente. Ahora es ya llegado el momento de la acción de gracias. Una acción de gracias dirigida en todo momento a Dios, *Dador de todo bien* –como le gustaba llamarle a San Francisco–, pero una acción de gracias concretada también en este pueblo de Torrent del que se sirvió el Señor para regalarnos el precioso beneficio del que conmemoramos ahora el primer centenario:

–Muchas gracias, queridos torrentinos, por la desinteresada generosidad que demostrasteis al ofrecernos un día vuestro Convent para solucionar nuestro problema.

–Muchas gracias por el calor humano con que un día nos acogisteis y otros muchos nos ayudasteis con vuestras aportaciones concretas y, especialmente, con vuestra amistad.

–Muchas gracias por el valor que demostrasteis cuando en tiempos difíciles y de persecución recibisteis en vuestras casas a los Terciarios Capuchinos y los acompañasteis con vuestro cariño hasta el final.

–Muchas gracias por el entusiasmo y renovada generosidad con que os unisteis a nosotros en la ardua empresa de la reconstrucción de Monte-Sión a partir de 1939.

–Muchas gracias por todo, y especialmente por los hijos que con toda la alegría nos distéis para continuar como Terciarios Capuchinos, la obra de Luis Amigó. A los primeros Amigonianos, hijos de Torrent, nombrados ya en este pregón se han ido uniendo con el tiempo los nombres de: Isidoro, Pacífico, Hermenegildo, Modesto, Valentín, Francisco, Bruno, Vicente Cabanes, Arturo Domínguez, Jesús Palmero, Tomás Roca –insigne escritor e historiador de la Congregación amigoniana–, José Ma Mora, Juan Miguel Gomis y José Vicente Miguel. Algunos de ellos murieron dando valiente testimonio de su fe. Otros pasaron apaciblemente a la Casa del Padre. Y otros nos acompañan aún en nuestro terreno peregrinar. Pero todos ellos son el mejor regalo que nos habéis hecho.

Y ahora, como final de este anuncio gozoso, después de haber dado las gracias a los hombres, es justo y necesario que se las demos al Señor, el Bien, Todo Bien, Sumo Bien. Y le damos las gracias porque al final de este día, de este día que dura ya cien años, podemos agradecerle todos los beneficios que nos ha concedido. Y se lo decimos con palabras entresacadas de uno de los himnos litúrgicos que se recitan al final de la jornada cotidiana:

*–Gracias por todas las gracias  
que nos ha dado tu amor;  
si muchas son nuestras deudas,  
infinito es tu perdón.  
Mañana –en un mañana que empieza  
ya al cumplir este primer centenario–  
te serviremos en tu presencia, mejor.  
A la sombra de tus alas,  
Padre nuestro, abríganos.  
Quédate junto a nosotros  
y danos tu bendición.*

¡Que el año de gracias que ahora empieza sea una constante acción de gracias y que nuestra participación en los festejos programados reflejen en todo momento, los sentimientos cristianos y de hijos de Torrent que os distinguen!

¡Torrentins! tots a una veu: ¡Vixca la Mare de Déu de Monte-Sió!

*Juan Antonio Vives Aguilera  
Torrent, a 5 de noviembre de 1988*